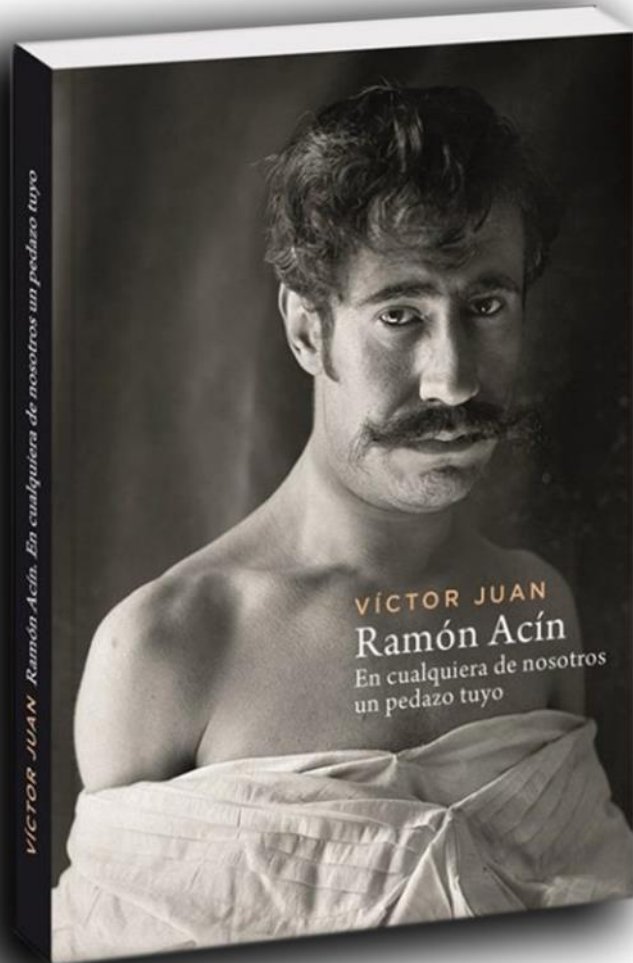




Ramón Acín, en cualquiera de nosotros un pedazo tuyo, de Víctor Juan



Víctor Juan Borroy, profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la Universidad de Zaragoza, director del Museo Pedagógico de Aragón y miembro del patronato de nuestra Fundación, ha publicado este libro dedicado a su admirado Ramón Acín.

En palabras del escritor y periodista Mariano Gistaín:

Lo admira porque fue buena persona e hizo felices a los demás, empezando por su familia. Y porque practicaba en la vida diaria sus nobles ideas de igualdad y fraternidad, justicia social... cosas que hoy suenan tan remotas... como entonces.

Ramón Acín le prometió a Luis Buñuel que si le tocaba la lotería le financiaría el documental sobre Las Hurdes, le tocó y se la pagó. Buñuel tardó décadas en poder devolver ese dinero a las hijas de Ramón, Katia y Sol, y siempre guardó el máximo cariño y admiración por su amigo anarquista de Huesca.

Víctor Juan ha explicado la vida y muerte de Ramón Acín –fusilado con su mujer Concha Monrás en 1936– cientos o miles de veces ante auditorios de todas las edades. Ha rescatado la mesa de dibujo que inventó Acín y, con otros admiradores, ha recreado también la cajita de música. Cada una de estas obras es un homenaje de amor al autor de la escultura Las Pajaritas del Parque de Huesca.

Ahora Víctor Juan ha escrito la vida de Acín en un precioso libro ilustrado con cien fotografías que se titula Ramón Acín. En cualquiera de nosotros un pedazo tuyo. Antón Castro lo ha reseñado en Heraldo de Aragón y en el enlace citado se actualizan las entrevistas en radios, teles, medios...

Ramón Acín está más vivo que nunca, sus ideas y su vida ejemplar fluyen en cada línea de este libro que ya es un manual de cabecera: el amor, la familia, la igualdad de sexos, la atención a los que no llegan a nada, a los niños que no pueden montar en los caballitos en las ferias... la rebeldía modesta pero infatigable ante la injusticia.

Ramón Acín es un modelo de pedagogía por amor y Víctor Juan, que mantiene intacta su sonrisa de niño y sus sueños de libertad y educación, los mismos que practicó Acín, nos ha dado un libro breve y exacto, lleno de amor y de bondad.

[Aquí la reseña de Gistaín](#)

En la [web de Víctor Juan](#) podréis acceder a otras reseñas que hacen referencia a la publicación. También nos ofrece un fragmento que aquí os transcribimos

He contado la historia de Ramón Acín centenares o, quizá, miles de veces. Y nunca lo he hecho como el sacristán de «Romero solo» decía sus rezos en el poema de León Felipe. Siempre me emociona recordar a Ramón Acín y Conchita Monrás, a Katia y Sol, al Tobi, a Juan Arnalda, a Paco Ponzán y Palmira Plá, a Evaristo Viñuales y Lorenza Sarsa, a José Manuel Ontañón... Me conmueve recrear el universo mágico que Ramón y Conchita construyeron con palabras y con pequeños gestos. He contado esta historia en mis clases en la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación a jóvenes que quieren ser maestros, en el mismo edificio en el que Acín enseñó Dibujo durante veinte años; la he contado en el Museo Pedagógico de Aragón a nuestros visitantes de todas las edades; la he contado junto al monumento a Las Pajaritas, en el parque de Huesca; la he contado en distintos lugares donde me han invitado a dar alguna charla; la he contado en artículos en revistas y en columnas de periódico; la he contado cada vez que me han dicho «habla de lo que quieras». La he contado tantas veces porque es la historia más hermosa que conozco, una historia plagada de cuentos conmovedores, divertidos, audaces, tiernos, sorprendentes y, a veces, también tristes. La he contado porque es una historia que atrapa del derecho y del revés, que da igual por dónde se empieza. La he contado porque después de tanto contarla ya es parte de mi vida, hasta tal punto que necesariamente he de recurrir a ella para explicar quién soy y, sobre todo, quién quisiera ser.

La historia que cuento de Ramón Acín casi siempre se titula de la misma manera: «En cualquiera de nosotros un pedazo tuyo». Por eso, este libro, contrariamente a lo que me sucede siempre, tenía ya título antes de escribirlo: una frase de Paco Ponzán en «Los que no mueren», el artículo que le dedicó a Ramón Acín en Nuevo Aragón, un periódico que hicieron durante unos meses los militantes de la cnt en Caspe. El día 9 de marzo de 1937 se publicó un homenaje a Ramón Acín, y Paco Ponzán concluía: «No te defraudaremos. Tus hijas, Katia y Sol, verán en cualquiera de nosotros, un pedazo tuyo».

Escribo con la misma devoción que llevó en 1927 a Josep Pijoan a publicar Mi don Francisco Giner (1906-1910), un libro tan breve como hermoso sobre Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza. Ramón Acín no es mío, no es de nadie, pero sé que hay un «mi Ramón Acín»: el Ramón Acín niño; el Ramón Acín que tenía un perro llamado Tobi; el Ramón Acín divertido, original y juguetón que soltó al pájaro de carne y plumas que vivía en una jaula y metió dentro una pajarita de papel porque no quería ser el carcelero de un ser vivo; el que se inventó una mesa de dibujo; el que imaginó cómo serían las corridas de toros en 1970; el profesor preocupado por la docencia que solicitó en varias ocasiones a la Junta para Ampliación de Estudios una beca para poder viajar por Europa y conocer «los modernos procedimientos de la enseñanza del Dibujo» y que quiso enseñar Geografía con un juguete geográfico-pedagógico; el Ramón Acín enamorado que le enviaba billetes, cartas y dibujos a Conchita que son, en realidad, leídos uno tras otro, un hermoso poema de amor compuesto durante veinte años; el hombre bueno; el amigo del zapatero Juan Arnalda, del capitán Fermín Galán, de García Lorca y del periodista Mariano Añoto; el hombre al que le tocó el premio gordo de la lotería de Navidad para que le financiara a Luis Buñuel Tierra sin pan, su película en Las Hurdes; el predicador en el desierto que escribía apretándose el hígado o sujetándose el corazón; el hombre de los mil compromisos que se preocupaba del frío que pasaban en las ferias de San Andrés los niños que no tenían abrigo —ni una peseta para gastar en las atracciones— mientras miraban durante horas cómo otros niños montaban en los caballitos del tiovivo; el maestro de Paco Ponzán, de Evaristo Viñuales, de Lorenza Sarsa y de Telmo Mompradé; el Ramón Acín que dibujó una palomica que todas las noches salvaba las rejas de la prisión, y cuando Conchita, Katia y Sol dormían, las besaba y volvía otra vez con él.

Mi historia de Ramón Acín se ha enriquecido durante estos años con las reacciones y los comentarios de las personas que me han escuchado. Además, Conchita tiene hoy un protagonismo que al principio no tenía. Lo mismo me ha ocurrido con Katia y Sol y con algunos dibujos de Ramón Acín que demuestran su sentido del humor. Ramón Acín daba clase de Dibujo en la Escuela Normal de Maestros de Huesca, en el mismo edificio en el que, desde hace veinte años, doy clase yo. Cuando les pregunto a los visitantes más jóvenes del Museo Pedagógico de Aragón si saben qué es la Escuela de Magisterio, normalmente responden que no y yo me conformo con que vuelvan a sus casas recordando que es el centro donde estudiaban las personas que querían ser maestros. Pero una mañana, uno de aquellos pequeños, que levantaba la mano como la levantan quienes están absolutamente convencidos de saber la respuesta correcta a una pregunta, me hizo un gran regalo:

—¿Así que tú sabes qué es la Escuela de Magisterio? —le pregunté sorprendido.

—Sí —aseguró—. Es la Escuela de Magia.



Desde entonces, cuando cada septiembre conozco a los nuevos estudiantes que acuden a la Facultad con la intención de hacerse maestros, les doy la bienvenida a la Escuela de Magia y les digo que el nuestro es un oficio mágico porque aquel niño estaba en lo cierto.

Los niños me han enseñado también que he de ser cuidadoso con lo que digo y con cómo lo digo. Un día les contaba que Conchita Monrás era una mujer excepcional porque en una época en la que las mujeres no tenían vida social ni se proyectaban más allá del entorno doméstico de su familia, ella participaba en un grupo de teatro, estudiaba un idioma llamado esperanto y «cuando nadie jugaba al tenis —concluí—, ella jugaba». En ese momento una niña hizo una pregunta realmente inteligente:

—Y si nadie jugaba al tenis, ¿con quién jugaba?

A partir de entonces, he procurado ser menos taxativo en mis afirmaciones y no he vuelto a decir que nadie jugaba al tenis, claro.

Este delantal es el lugar perfecto para adelantar que no soy quien más sabe de Ramón Acín ni figuraré nunca entre los especialistas en su obra, pero sí soy uno de los que más le quieren. Eso dijo Ana García-Bragado el día que se inauguraba la remodelación del Paseo de Las Pajaritas en el parque de Huesca: «Víctor es una de las personas que más quiere a mi abuelo». Esa es la única razón por la que el Ayuntamiento de Huesca me encargó decir unas palabras en aquel acto.

Afortunadamente, en los últimos cuarenta años diversos investigadores entre los que podemos destacar a Manuel García Guatas, Víctor Pardo, Concha Lomba, Carlos Mas, Miguel Bandrés, Mercè Ibarz, Emilio Casanova, Jesús Lou, José Domingo Dueñas, Francisco Carrasquer, Sonya Torres, Ismael Grasa o Antón Castro han hecho aportaciones decisivas al conocimiento de la vida y de la obra de Ramón Acín desde distintas perspectivas: el arte, la literatura, la historia del movimiento obrero, las vanguardias... Todos los estudiosos de Acín coinciden en que su mejor obra fue él mismo. Más allá del artista, del profesor, del militante anarcosindicalista o del escritor, la mejor obra de Ramón Acín es su manera de ser y de mirar la realidad, un modo de entender el mundo que proyectó en todos sus ámbitos de actuación. Yo quisiera ocuparme, precisamente, de la mejor obra de Acín, de las circunstancias que nos permiten entender al artista, al ciudadano, al hombre enamorado, al padre, al profesor que creyó en el papel transformador de la educación y de la cultura.

Después de contar tantas veces la historia de Ramón Acín, he decidido que ha llegado el momento de escribirla para que puedan leerla personas que nunca me escucharán contarla, para que la recuerden las personas a quienes se la conté alguna vez y, fundamentalmente, porque no quiero olvidar lo feliz que soy contándola.

Quizá podía haber reunido los artículos que he publicado en los últimos años en revistas como Turia, Argensola, Rolde. Revista de Cultura Aragonesa, Cuadernos de Estudios Caspolinos y mis textos editados por el Museo Pedagógico de Aragón o el Instituto de Estudios Altoaragoneses, pero me he decantado por una de las cosas que más feliz me hace: he decidido contar, narrar de nuevo la historia. He pasado mi vida contándome quién soy, quién quería ser, contando en mis clases, a mis hijos y a las personas que he querido lo que me parecía valioso, lo que daba sentido a nuestra existencia. Ahora, en este libro, también quiero contar. No he escrito un texto académico. He procurado combinar la narración con el rigor histórico. He escrito un texto personal, pero no he hecho ficción. He intentado transmitir la emoción que en mí despierta la historia de Ramón Acín, convencido de que lo más importante no es lo que se cuenta sino lo que sucede en el corazón de quien lee.

Tras tres décadas y media dedicado a la docencia, tengo la certeza de que los profesores somos nuestros alumnos. Por eso también escribo aquí sobre algunos maestros que recibieron la influencia de Ramón Acín como Paco Ponzán, Evaristo Viñuales, Lorenza Sarsa, Simeón Omella o Telmo Mompradé. La vida de estas personas, sus militancias y sus compromisos, nos permiten entender quién fue Ramón Acín porque el profesor Ramón Acín no les enseñó técnicas de Dibujo. Los buenos maestros, y Acín lo era, transmiten una manera de entender la realidad, independientemente de la disciplina que impartan. Evaristo Viñuales, que fue discípulo suyo, escribió el 9 de marzo de 1937 en Nuevo Aragón que sólo se aprende de aquel a quien se quiere. Las páginas que siguen están llenas de razones que explican por qué los alumnos de Acín aprendieron tanto de aquel profesor que cultivó el dibujo, la caricatura, la escultura, el grabado, la ilustración y que hizo de su vida su mejor obra.

Zaragoza, junio-septiembre de 2019

